HUÉSPEDES
JULIO BOTELLA
DE CONATUS, 190 PP., 17,90 €

Decía **Ana María Matute** que la infancia es el periodo más largo de la vida, y yo añado que por eso nunca debería terminar. Ahí, en esos primeros años y en el tránsito a la edad adulta reside mucha de nuestra felicidad o de los posibles traumas futuros. La infancia es, pues, una trampa y al mismo tiempo una salvación.

Sobre todos estos cimientos tambaleantes se construye *Huéspedes*, un libro de ocho relatos escrito por **Julio Botella**, en el que se cruzan las vidas y los protagonistas se debaten alrededor de las grandes experiencias vitales, como el amor, la soledad, el paso del tiempo, la muerte, el olvido, o los recuerdos. Con muchas relaciones entre sí, y un ensamblaje perfecto entre los personajes, el libro comienza con el relato que da nombre al conjunto, y en el que encontramos la culpa que siente un padre que ha tratado mal a su hija y al mismo tiempo observa el fluir de la vida. De hecho, aquí ya se advierten muchas de las características de las siguientes historias, como la atención a los pequeños detalles.

«En invierno Frank madruga para esparcir sal por las calles y los aparcamientos y quitar la nieve acumulada durante la noche».

El tiempo, las circunstancias vitales constituyen en hilo de este libro que recuerda un poco a esos cuentos de Matute, en los que los niños y las niñas eran obligados a crecer rápido.

Pero pongámonos en antecedentes, ¿quién es Julio Botella? Nacido en Madrid en 1964, es Licenciado en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid y especializado en Arte Contemporáneo por el Sotheby´s Institute de Londres. Entre 1989 y 1997 desarrolló sus primeros trabajos como creador de arte conceptual y como escritor, quedando finalista del premio Joven y Brillante de novela. Entonces abandonó la cultura para trabajar en el sector turístico hasta que en 2019 decidió regresar a las artes plásticas y escritas. Su exposición *Estado Mental*, de gran calado psicológico, ha tenido una buena acogida en Colombia.

Huéspedes es una apuesta arriesgada, un compendio de historias que nos escuecen, como el salitre del mar, pero que nos curan al mismo tiempo. Creo que la buena literatura es un poco eso, el ponerte en los límites para obligarte a pensar y a cuestionarte pensamientos, e incluso el pasado. A todo ello se suma ese aura de nostalgia que empaña casi todos los relatos, pero que se atisba de forma especial en *Baloncesto* y *Mercromina*, donde encontramos a un hombre llamado Carlos que, inmerso en una vida adulta desesperada y vacía, recuerda el paraíso de la infancia, concretamente los momentos vividos con su abuela, que lo alimentaba con ricos bocadillos a él y a sus primos y que le aliviaba el escozor de las heridas con mercromina. Esa misma abuela a la que él ahora visita en una residencia de ancianos en la que sobrevive en continua lucha contra el olvido.

Esta mujer, y este nieto, Carlos -Carlitos-, simbolizan un poco todas las relaciones familiares importantes que se forjan en la infancia y que nos marcan la vida ya para siempre. Así, esta nostalgia se manifiesta de pleno en el relato titulado *Heaven*, en el que se pone de manifiesto el poder del azar y de la capacidad de observar la vida y de analizar a las personas desde la distancia. Me parece maravilloso ese ejercicio de desmenuzar el mundo a través de las opiniones que una mujer hace a propósito de las conversaciones que escucha en un autobús y de lo que en él observa, idea con la que muchas nos sentiremos identificadas.

Redacción llega también muy hondo al corazón, sobre todo porque en él se recuerda el sabor de los primeros amores, la sensación de sentir el enamoramiento fugaz y también las decepciones que nos curten, aunque en ese momento no lo sepamos. Todo esto se relaciona íntimamente con la sensibilidad, pues estos relatos contienen una forma de ver la vida desde los márgenes y al mismo tiempo con una mirada universal en la que se expresan sentimientos que a todos nos llegan, pero sobre todo a las personas melancólicas.

Aunque estamos delante de un libro muy atravesado por las sensaciones, en algunos cuentos encontramos alusiones a las contradicciones y a la decadencia de la sociedad actual, como acontece por ejemplo en *Nana*, que nos transmite, por una parte, el poder de los cuentos y las historias contadas en voz alta, la fabulación, y por otro, contiene una crítica brutal a ese mundo de apariencias de las clases altas que defienden unas ideas y después hacen todo lo contrario.

El estilo de Julio Botella destaca por ser rico en matices, con descripciones de pequeños detalles que nos hacen comprender mejor las historias y a sus protagonistas, pero también con un buen manejo de los diálogos, que aparecen en los momentos justos y para dar el golpe de efecto necesario. Así, aunque las historias se podrían leer separadas, es bonito ir cosiendo los hilos que se van tejiendo entre ellas, escritas con un lenguaje cuidado, libres de relleno y con las dimensiones exactas. Creo que, precisamente por esto, los relatos de *Huéspedes* pueden llegar a todos los públicos, a los más jóvenes, que acaban de pasar la edad adolescente y caminan hacia la adulta, a los que son adultos y desean recordar la infancia, e incluso a los mayores que libran una batalla contra el olvido y que merecen ser recordados

Escaneado con CamScanner

por todo cuanto han hecho por nuestra sociedad.

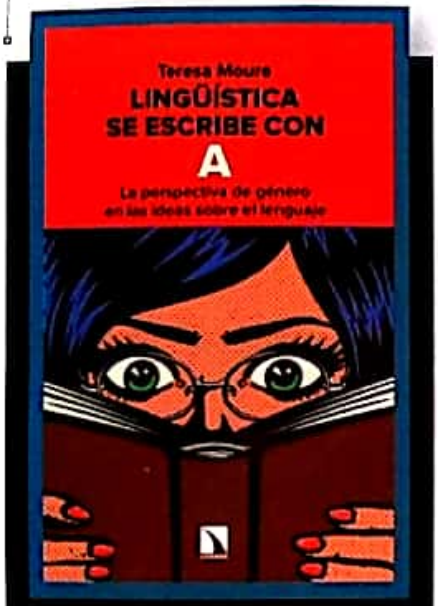
Leamos a Julio Botella, disfrutemos de estas dosis de vida, y de su capacidad para explicar(nos) el mundo interior y exterior a través de historias universales:

«El joven Oller había encontrado en la medicina un punto de fuga a partir del cual construirse un paisaje de salvación del prójimo, ya que no espiritual, al menos orgánico».

«De-sin-te-grán-do-se. Sus padres, los gemelos, la cocina, el baño, sus amigos, las burlas y las amenazas, los patadones, las seños del cole, la pizarra de clase, los deberes, las columnas interminables de números, la se-di-men-tación-por-hi-dro-e-ro-sión, las reglas de ortografía y puntuación, las regañinas, los tortazos, los castigos, todo se disolvía, los golpes de su padre en la mesa, la ruta, las risas de los mayores y el miedo. Ese día nublado en el que vivía, se disolvía y en ese pozo hondo y oscuro entraba algo de luz y sólo quedaba el rasga y rasga del bolígrafo sobre la superficie del papel, sobre la madera de las mesas, sobre el plástico del teléfono, el cartón de las carpetas, el escay de los muebles. Y las formas, ah, quedaban las formas pintadas, espacios, or-gá-ni-cos rellenos de garabato que iban creciendo, conquistando el vacío, llenándolo.

Nadie se daba cuenta, ni él mismo: al garabatear, no tenía tics».

Tensi Gesteira.



LINGÜÍSTICA SE ESCRIBE CON A

TERESA MOURE

LA CATARATA, 352 PP., 19 €

Las modas son pasajeras, las reivindicaciones no. Este axioma encaja como un guante en el ensayo de **Teresa Moure**. Cada día surgen nuevos libros que tratan de analizar una situación: la necesaria búsqueda de igualdad *de facto* (pues *de iure ya* existe en ciertas partes del mundo) entre hombre y mujer, y que la realidad se empeña tristemente en retrasar. Aquí se aborda la perspectiva de género en las ideas sobre el lenguaje, como apunta el subtítulo, pero el libro está muy lejos del simple catálogo de personajes o conceptos. Lo cual es, a todas luces, una virtud. No estamos, por tanto, ante un listado de agravios ciertos, olvidos intencionados o estudiosas perdidas en la maraña del tiempo, que también las hay. No, esto es otra cosa. Se trata de un artefacto mucho más cercano al hallazgo, al revulsivo intelectual, que a la mera protesta.

Sin dejar de lado la reclamación a la Historia (y a la Academia), hay una línea maestra que sostiene el edificio de este trabajo: la exclusión de un colectivo (el femenino), debemos asumirlo, cuestiona y somete a tensión el tipo de conocimiento alcanzado. Precisamente, uno de los ejes de la obra bascula sobre las fórmulas, conscientes o no, por las que la labor de un gran grupo de mujeres ha quedado orillada casi sin remedio. Tal cuestión no es estrictamente aplicable al ámbito de las lenguas, pues resulta válido para cualquier objeto de estudio. Si, como propone Moure, «la memoria es una forma de ser en el tiempo», cabe preguntarse cuál es esa manera, esos mimbres. Así, este libro nos empuja, poco a poco, a romper los esquemas básicos sobre los que yacen nuestros saberes, nuestros modos de abordarlos y las estrategias para hacernos con ellos. Y como muestra de esa transversalidad cuestionadora baste un ejemplo: ¿Es suficientemente clara la manera de citar? ¿Son los aparatos críticos de los ensayos justos con autoras y lectoras? La pregunta se responde sola. Cada vez que vemos la inicial de uno autor (o autora), seguida de un apellido, este tiende de manera natural a ser interpretado como un varón. Diríase que los apellidos son todos misteriosamente masculinos. Hagan la prueba. Esa imagen predeterminada es un sesgo inicial. Este podría dejar de perpetuar una invisibilización de género si, por ejemplo, citásemos con el nombre completo.

Sin embargo, será en el terreno de lo combativo e intelectual donde Moure cobre vuelo, pues aborda, entre otras cosas, el siempre polémico punto de vista de lo público y lo privado en el estudio de la vida y obra de cualquier mujer. Del mismo modo, se alude, entre muchas otras, a la antropóloga **Margaret Mead**, cuyas tesis dibujan la idea de que no existen roles de género. **Nancy Chodorow** lo dijo aún más claro: «no somos genes, somos cultura».

Se abordan, además, casos señeros que destacan por su interés y amenidad, desde las lagunas a la hora de economizar el lenguaje, pasando por la sensibilización de las expresiones hasta llegar a las traductoras de la II Guerra Mundial o a **María Moliner**, por señalar algunas. Pueblan esta lectura un sinfín de mujeres cuya aportación a la lingüística, al saber que nos conforma, es tan importante como desconocida para el gran público (y para el especializado también). No obstante, e incluyendo la cuestión de que la lingüística parece arrumbada por nuestra sociedad a los márgenes del mundo científico y del poder económico (aunque resulta evidente que condiciona nuestra forma de pensar), lo que aquí se propone es mover el eje para cambiar la perspectiva. No es poca cosa.

Juan Laborda Barceló.

Escaneado con CamScanner